

Celebráronse con gran pompa los desposorios de la Princesa, que tenia entonces cuatro años, con el duque Luis que contaba once: y luego, á imitacion de lo hecho en Presburgo, hubo grandes banquetes, bailes y suntuosas fiestas, en las cuales la poesía, que era la gran gala de la corte de Turingia, lució con su brillo acostumbrado.

Á contar desde este día, Isabel no se separó nunca del que mas tarde debia ser su esposo y á quien desde este momento llamó su hermano. Tierna y saludable costumbre de las edades y familias católicas, esta educacion dada en comun á aquellos cuya vida debia ser tambien comun algun día y para siempre; inspiracion bienhechora que confundia en el corazon del hombre el puro nombre de hermana con el sacro nombre de esposa; que, utilizándolo todo en la vida, hacia refluir las frescas y fugitivas emociones de la vida en pro de los graves y duraderos deberes del matrimonio, que se apoderaba para calmar y santificar el corazon de sus propios ardores é ímpetus, envolviendo así en los lazos de un mismo y solo amor cuanto de mas íntimo y puro tiene la vida, los recuerdos mas dulces y las afecciones mas santas.

CAPÍTULO II.

De cómo honraba á Dios la niña santa Isabel.

Elegit eam Deus et praelegit.
(Ecclesia).

V ans avoit d'age droit
Sainte Ysabiaux la Dieu aimée,
La fille le roi de Hongrie,
Quant a bien faire commensa.
(Rutebeuf, Mss. bib. Roy. 1633).

Del seno mismo de la familia, que por disposicion de la Providencia se veia privada de la pequeñuela Isabel, nacieron dos causas que contribuyeron desde muy temprano á desarrollar en aquella tierna alma las preciosas disposiciones que ostentó desde la cuna. En primer lugar, Isabel habia visto en su tia materna Heduwigis la union de todas las virtudes cristianas con la majestad soberana; aquella Duquesa de Polonia, que mas tarde colocó la Iglesia en el catálogo de los Santos, y cuya rigida piedad era ya un título de gloria para su familia, se presentaba á los ojos de Isabel como un modelo de edificacion que la preciosa niña supo comprender é imitar.

Pero además de la influencia de este ejemplo, permitió Dios que un imprevisto y terrible accidente viniera á esparcir las sombras de la tristeza sobre los dias de su infancia, y hacerle comprender desde luego la fragilidad de las grandezas mundanas. Á los dos años de haber venido de Hungría á Turingia, la reina Gertrudis, su madre, pereció con una muerte cruel á manos de los vasallos de su esposo. La causa de este asesinato se cuenta de varias maneras: segun unos, la Reina fue inmolada por el Ban de Croacia y Dalmacia que quiso vengar de este modo el honor de su mujer ultrajado por el patriarca Bertoldo, hermano de la Reina; mas segun otra version mas auténtica, la Reina pereció á manos de unos asesinos que conspiraban contra la vida de su esposo, á quien facilitó la huida recibiendo el golpe asestado contra él ¹. La funesta noticia llegó bien pronto á oídos de

¹ Esta version es la de los escritores contemporáneos, y en particular la de Caesarius de Heisterbach. Al aconsejar al Rey la fuga le dijo:

Et iou en la garde de Dieu
Remanrai, qui garde est de tous,
De moi ne me chaut fors de vous.

(*El monje Robert*, Mss. de la bib. Real. 1862).

Isabel, y á la impresion que causó en su ánimo atribuyen todos los historiadores una de las principales causas de los graves pensamientos y profunda piedad que se vislumbraban en todas las acciones de esta niña.

El Landgrave habia escogido de las familias mas nobles de su corte siete niñas, y entre ellas á su propia hija Inés, todas de la misma edad poco mas ó menos que su futura nuera, con objeto de educarlas á todas reunidas. Una de estas niñas, de edad de cinco años y de nombre Guta, permaneció siempre al lado de Isabel hasta poco antes de su muerte; y cuando ocurrió ésta, y empezó á difundirse la fama de su santidad y llamar la atencion de las autoridades eclesiásticas, esta misma Guta, interrogada públicamente, refirió los recuerdos y sucesos de su infancia. Á esta declaracion solemne, cuidadosamente conservada y transmitida á la Santa Sede, debemos el conocimiento de los pormenores que vamos á dar sobre el empleo y ocupaciones de los primeros años de nuestra Isabel.

En esta edad tan tierna todos sus pensamientos y emociones parecian como concentrados en el deseo de servir á Dios y ga-

nar el cielo. Siempre que podia se encaminaba á la capilla del castillo, y allí, postrada al pié del altar, hacia que le abriesen un enorme salterio sin embargo de que no sabia leer todavía; y luego con las manitas cruzadas y levantados al cielo los ojos, se entregaba con precoz recogimiento á la oracion contemplativa.

Jugando con sus compañeras, y, por ejemplo, al andar brincando sobre un pié, hacia de modo que todas tomasen la direccion á la capilla; y si al llegar allá la encontraba cerrada, besaba con devocion la cerradura, la puerta y las paredes exteriores por amor del Dios que allá dentro se hallaba oculto en el sagrario. En todas las diversiones siempre dominaba en ella el pensamiento de Dios, para quien esperaba ganar dando cuanto ganaba á niñas pobres, encargándolas rezasen cierto número de *Pater* y *Ave María*. Buscaba sin cesar ocasiones de acercarse á Dios; y cuando no le habia sido posible hacer todas las oraciones y genuflexiones que pensaba, decia á sus compañeritas: «Echémonos en el suelo á ver quién de todas es mas larga.» Y entonces ella, extendiéndose sucesivamente al lado de cada una de las niñas, aprove-

chaba el momento para humillarse ante Dios y rezar una *Ave María*. Andando el tiempo, cuando llegó á ser esposa y madre, se complacia en referir estas inocentes astucias de la niñez.

Muchas veces tambien conducia á sus compañeras al cementerio y les decia: «Acordaos que un dia hemos de ser un poco de polvo.» Y luego, acercándose al osario, añadia: «Ved aquí los huesos de los muertos; de criaturas que vivieron como nosotras vivimos ahora, y que murieron como nosotras morirémos; por lo cual es preciso amar á Dios. Postrémonos en tierra y decid conmigo: Señor, por vuestra acerba muerte y por vuestra amada Madre, librad de los tormentos á estas pobres almas; Señor, por vuestras cinco llagas dadnos vuestra santa gloria.» Tales eran, dice un autor, sus juegos y danzas. Estas niñas rezaban la oracion con ella; y bien pronto deslumbradas por el ascendiente que sobre ellas tenia, refirieron que el niño Jesús le salia muchas veces al encuentro, la saludaba tiernamente y jugaba con ella; pero Isabel les prohibió severamente el contar semejantes cosas.

Fuera de las horas de recreo procuraba

aprender cuantas preces podia : bastaba hablarle de Dios y de su santa ley para granjearse su cariño. Tenia designado cierto número de rezos durante el dia : cuando alguna cosa la habia estorbado cumplir con este compromiso voluntario antes de la noche, y sus doncellas la obligaban á meterse en la cama, cumplia con lo que faltaba mientras la creian dormida, acordándose, como David, del Señor en el lecho. Mostrábase conocedora del valor de la modestia que corresponde á las vírgenes cristianas, y arreglaba siempre el velo de tal manera que se descubrieran lo menos posible sus facciones infantiles.

Su alma predestinada sentíase ya abrasada con aquella caridad sin límites, que mas tarde debia identificarse con su propia vida. Daba á los pobres cuanto dinero recibia de sus padres adoptivos, ó que podia adquirir bajo un pretexto cualquiera. Introducíase á cada paso en la repostería y las cocinas del castillo con el fin de recoger todos los desperdicios que hallaba á la mano y llevarlos á los pobres famélicos, lo cual no dejaba de excitar contra ella el mal humor de los dependientes y empleados de la casa del Duque.

Crecia con los años y crecia tambien con ellos su virtud y piedad, el recogimiento interior y aquel andar siempre en la presencia de Dios que se complacia en adornarla con sus gracias.

En este tiempo era costumbre entre las princesas y doncellas de elevada alcurnia sacar por suerte un patrono entre los santos Apóstoles. Isabel, que ya tenia escogida á la santísima Virgen por su protectora y abogada suprema, profesaba al propio tiempo una devocion, y, como dice un manuscrito, una amistad enteramente particular á san Juan Evangelista, tipo de la pureza virginal. Púsose, pues, á pedir fervorosamente á Dios que se dignase otorgarle la merced de que le tocase por suerte este santo Patrono; despues de lo cual se dirigió con sus compañeras á la ceremonia del sorteo. Hacíase éste colocando sobre el altar doce cirios, en cada uno de los cuales estaba escrito el nombre de uno de los Apóstoles: una vez mezclados y revueltos, cada postulante sacaba uno á la ventura. Cuando llegó su turno á Isabel, sacó el que tenia escrito el nombre de san Juan; pero no satisfecha todavia con esta primera experiencia, repitióla hasta tres veces, y siem-

pre con el mismo resultado. Viéndose de esta suerte recomendada á su amado Apóstol como por una especial manifestacion de la Providencia, sintió aumentarse su devoción al santo Evangelista, y la conservó toda su vida: nunca negó cosa que le pidieran en su nombre, ya fuera perdonar una injuria ú otorgar un beneficio.

Colocada bajo tan excelsa proteccion, la preciosa niña sacó de esto un nuevo motivo para redoblar sus prácticas cristianas y voluntarias privaciones, á fin de hacerse digna del cielo. Ponia sumo cuidado en santificar el nombre del Señor por una extrema reserva en sus palabras: los domingos y dias festivos dejaba siempre una parte de sus galas, prefiriendo honrar á Dios por medio de la humildad del corazon que por el brillo de su tocado y adornos. Guita nos dice, que en tales dias nunca usaba guantes ni mangas con lazos de cintas, al estilo de la época, hasta despues de la misa.

Todos los dias excogitaba algun medio de mortificar su voluntad en cosas pequeñas, á fin de habituarse á los grandes sacrificios. Cuando ganaba al juego y se regocijaba de su buena suerte, lo suspendia de improviso diciendo: «Ahora que me fa-

vorece la fortuna voy á dejarlo por amor «de Dios.» Gustábale el baile, segun la general costumbre del país donde se habia criado; pero al concluir la primera vuelta decia: «Basta con esto para el mundo; renuncio á lo que falta en honor de Jesu-«cristo.» Su prometido Luis, que siempre estaba junto á ella con grande gusto de entrambos, la llamaba *mi cara hermana*, y ella á él *mi amado hermano*.

Tal fue la primera infancia de esta jóven doncella: el Señor le reservaba un destino puro y brillante á sus ojos; pero tenia contado el número de sus dias, y queria llamarla pronto á ocupar su asiento en el cielo. Por eso se dignó abrirle desde muy temprano el tesoro de sus gracias especiales. Su vida debia ser harto breve para dar lugar á esas grandes revoluciones interiores con que se han señalado la vida y la conversion de algunos de los mas ilustres santos. Ninguna tempestad del corazon vino á oscurecer aquel rayo de celestial luz que la condujo desde la cuna al sepulcro. Todo en su bendita carrera debia enlazarse y seguirse. No es la única sierva del Señor que haya dado un precoz testimonio de su poder y misericordia; y en verdad que á los

ojos de un cristiano no hay claridad mas dulce que la aurora de estas grandes lumbreras, cuyo destino es iluminar los cielos y la tierra.

CAPÍTULO III.

Que antes de casarse tuvo santa Isabel que padecer por amor de Dios.

Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua. Venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos.

(Psalm. cxxv, 6).

Apenas cumplió Isabel nueve años, cuando murió el padre de su prometido, el duque Hermann. Una noche habia este visto en sueños que los cadáveres de los ajusticiados, que se hallaban colgados en el sitio destinado para las ejecuciones, se transformaban en vírgenes vestidas de blanco, y formándose en procesion con la Virgen y santa Catalina á la cabeza (el Duque era muy devoto de esta Santa), se dirigian hácia la cama donde dormia el Landgrave, á quien dijeron así: «Es menester que en este mismo sitio nos edifiques una casa; que la hagas habitar por vírgenes consagradas

«á nosotras; y, hecho esto, dentro de poco «te traerémos á nuestro lado.» El Duque puso fielmente por obra este mandato, haciendo edificar en el sitio designado un convento de monjas bajo la advocacion de santa Catalina, dándole por primera abadesa á la jóven Imagina, duquesa viuda de Brabante, y escogiéndole para sepultura suya y de sus descendientes ¹. Despues de lo cual, el Duque murió y fue enterrado (1216), segun lo habia dispuesto.

Entró á heredar á su padre el primogénito Luis, que apenas tenia diez y seis años: sus dos hermanos segundos, Enrique Raspon y Conrado, recibieron cada uno su infantazgo y el gobierno de una parte de los Estados del Landgrave, segun los usos de la casa de Turingia.

Para Isabel fue una desgracia la muerte del duque Hermann. El piadoso é ilustrado Príncipe la habia amado constantemente á causa de su ejemplar y temprana piedad, tratándola como á hija propia y haciéndola respetar de todos; de suerte que nadie se atrevió, durante su vida, á ponerle ningun

¹ El duque Juan Gorge II hizo de este convento un teatro. Hoy es una posada que se llama *Zum Stern*.